

# Aurora Venturini

## LAS AMIGAS



La joven pintora Yuna Riglos, protagonista de *Las primas*, regresa en una mujer de casi ochenta años que se regodea en las reminiscencias de un pasado exitoso y en una soledad interrumpida por desencuentros que califica como amistad. Son las "amigas", que llaman a la puerta de su departamento en La Plata, y Yuna comparte con ellas lo que tiene y lo que le falta. Pero será difícil encontrar sentimientos de amistad en esta coreografía de mujeres solitarias movilizadas por la búsqueda de un poco de cariño. "Novela a contrapelo de las buenas intenciones: ni la vejez ni la sororidad son escenarios sencillos de habitar", escribe Lilita Viola en el prólogo a esta edición. Sin embargo, Aurora Venturini, fiel a su estilo, logra una vez más tensar las líneas entre la ficción y el delirio, y atesora la vejez de una Yuna extravagante, egoísta y fuera de toda convención. *Las amigas* es la novela inédita de Aurora Venturini, un monólogo que comienza a escribir después del éxito de *Las primas* y en el que siguió trabajando durante años. Tusquets Editores recupera la obra de una de las narradoras fundamentales de la literatura contemporánea.

Novela en monólogo secreto de la que surgen breves diálogos de autora a eventual y paciente lector/a.

A. V.

## Prólogo

Aurora Venturini atendía el teléfono con un hilo de voz robado a las divas del cine argentino de los años cuarenta, pero no de sus días de gloria, sino de cuando se resistían a las leyes del mercado paseando su trayectoria y los restos de buena dicción en películas de segunda categoría. Dejaba sonar la campanilla tantas veces que daba tiempo a imaginarse sus ganas de no hablar con nadie, una jaqueca real o exagerada, la caminata dificultosa desde el fondo de la modorra hasta el maldito teléfono. A último momento levantaba el tubo y decía: *Hola quién habla*. Jamás un signo de puntuación, marca de su lengua literaria y de su lengua viperina donde la cortesía era un trámite a pasar por alto, y la pregunta por la identidad, un insulto por adelantado. Quien estuviera llamando, seguramente desde alguna redacción o editorial, aunque esperado con ansias locas durante años, era siempre un inoportuno que debía remontar la conversación temiendo haberla interrumpido justo cuando ella se concentraba en morirse o en otro experimento igual de definitivo. Si llegaba a olfatear cobardía o compasión del otro lado, el diálogo terminaba ahí mismo: *Aurora Venturini no está, ya se murió*.

\* \* \*

Este desdén dramatizado, parte fundamental de su pose de escritora, la ubicaba a simple vista en el patrón de «villana experimentada» pero también en el de «joven melancólica en su primer acto». Algo muy parecido imaginó el

jurado que leyó su novela *Las primas* en 2007 sin saber quién estaba detrás del seudónimo «Beatriz Portinari». En las deliberaciones que precedieron a la premiación se discutió mucho si ese texto, «extremo y salvaje», no sería la invención de una vieja loca de La Plata, de una joven neurótica, la broma inteligente de un estudiante de Letras. Los préstamos entre ficción literaria y ficción temperamental forman parte de la originalidad Venturini. Toda su obra, escrita a conciencia para ser leída como obra completa, sostiene ese diagnóstico de anomalía, enfermedad y desviación que la lectura le atribuye. Pero además genera tensiones por fuera de las opciones binarias de joven/vieja y realista/fantástica: es una escritura de juventud al borde de la extremaunción, con un léxico de otras generaciones que conocemos por libros que ya nadie lee, una sintaxis mordida con pretensiones de alta cultura y de estados alterados, y una escala de valores anticuada que al aplicarse con tanto empeño, antes que reaccionaria, se vuelve puro candor.

A fines de 2009, coronada de la gloria que le dio *Las primas*, y mientras veía cómo se iban publicando cuentos y novelas que había escrito décadas atrás, comienza a trabajar en *Las amigas*. Piensa en Cervantes, y se notarán ciertos giros castizos como parte de pago. Si la segunda parte de *El Quijote* fue escrita para evitar que el personaje sobreviviera en aventuras apócrifas, ella escribe la vuelta de Yuna Riglos, no por temor a que le arrebatan la autoría de su criatura, sino para que no le capitalicen la vejez como un espacio monstruoso, caprichoso, antirromántico. La joven que en *Las primas* lograba superar su minusvalía cayendo en las redes de la meritocracia, en *Las amigas* es una mujer de casi 80 años instalada en el éxito que no lo es todo y en una soledad interrumpida por una serie de desencuentros que insiste en calificar como amistad. En ambas, la sexualidad es una prisión ajena. Y el deseo es un problema de las otras.

En el departamento de Yuna, en La Plata, suena el timbre. Son ellas. Las dos mujeres que le quitan el sueño vienen a pedirle cosas y ella les da todo. Todo lo que le sobra: comida que no come, ropa que no va a usar, compasión que no tiene. Les presta el baño, les alcanza la toalla. Casi no hay diálogo en la comunicación con sus visitantes, la escucha ha sido remplazada por una coreografía de indicios interpretados por Yuna sin la menor capacidad.

En el departamento de Aurora, en La Plata, también sonaba el teléfono constantemente mientras escribía *Las amigas*. Eran documentalistas, periodistas y curiosos: *A veces pasan el umbral, se sientan y ni siquiera saben qué preguntarme. Yo no sé si son idiotas o malvados. Después escriben sobre mi físico, sobre mis arrugas, sobre lo vieja que estoy.* Haber sido descubierta a los 85 años la dejó atrapada en la categoría de fenómeno. No hay entrevista, estudio crítico ni necrológica que haya podido evitar la referencia a la edad, y, como ya es evidente, tampoco en este prólogo lo hemos conseguido. Venturini se hace cargo del problema y trabaja en *Las amigas* sobre esa edad imaginada siempre desde afuera. Una edad de la que se esperan muy pocas cosas, aunque todas espectaculares: muerte súbita, demencia senil o una franqueza extrema que, según su capacidad de daño, se aplaude como sabiduría o extravagancia. ¿Querían vejez? Aquí la tienen. *Las amigas*, donde tanto la deseante como la autosuficiente aparecen como patéticas, es la novela de Venturini menos amigable de todas. La narradora trabaja contra la maquinaria generadora de empatía. El egoísmo, la gula autorreferencial y el fracaso en la búsqueda de un poco de cariño son los motores emocionales de sus personajes.

¡Guárdense el sentimiento de piedad que derrocharon con Yuna!, parece decir la misma Yuna años después, que mi autora ha trabajado duro para no merecerla. Mientras que en *Las primas* asistimos al congelamiento del «calor de hogar», en *Las amigas* son los lazos por fuera de la sangre,

la solidaridad entre mujeres, lo que se viene abajo. Novela a contrapelo de las buenas intenciones: ni la vejez ni la sororidad son escenarios sencillos de habitar.

Advertencia: Yuna Riglos no es exactamente la misma que conocimos. Sus problemas de puntuación se agravaron, o ya no hace esfuerzos por hacerse entender. Ha desechado el diccionario y se arregla con lo que aprendió hasta ahora. Asocia con la libertad que le permite su egoísmo. Se niega a hablar de los personajes de su familia que tanto le gustaron al público para concentrarse en una escena obsesiva que se repite hasta agotarse en la venganza o el olvido. Como Cervantes, hace referencias explícitas a su novela anterior, y en especial al éxito obtenido; da por conocidos episodios pasados y deja pistas entre un texto y otro para alegría de sus fans. Pícara, llega a sugerir que esto que escribe será publicado, no por su calidad, que no la tiene ya que ella solo sabe pintar cuadros, sino sencillamente porque lleva su firma. Al final agrega una lista de nombres propios que figuran (o no) a lo largo de la novela, tensando la relación entre farsa y ficción.

En su primera versión, le puso como título *Casta diva*. Más que alusión operística era una cita literal a la relación que Yuna entabla con el sexo. La sexualidad es el recuerdo de un chorizo que se bambolea en un encontronazo de la infancia o es la perdición de las mujeres siempre subordinadas. Luego se llamó *Yuna y las lunáticas* pero a conciencia de que Yuna era una de ellas, finalmente optó por un título más preciso y provocador, sobre todo porque a «los pacientes lectores» de *Las amigas* les costará encontrar alguna amiga en esta troupe. El universo Venturini se completa con la figura del doble, que siempre en sus relatos es augurio de perversión. Aquí no. Fulvia y Flavia integran una pareja de muchachas que se casan «porque ahora se puede». Son las únicas que no se enojan ni sufren, y hasta disfrutaban de los pequeños placeres, como el coñac y las picadas. Además de ellas, como fantasma y tutora, Alejandra Pizar-

nik hace su aparición en la serie de pares femeninos y se instala con sus poemas y su suicidio como una clave rarísima que habrá que descifrar. En fin, la insistencia cómica de Yuna en no entender las relaciones lésbicas por más que se lo expliquen mil veces tal vez sea el modo Venturini de depositar allí toda su poca esperanza.

\* \* \*

La primera vez que escuché aquel hilo de voz que dijo *Hola quién habla* fue en diciembre de 2007. La llamaba para anunciarle que *Las primas* había quedado entre las finalistas del Premio Nueva Novela del diario *Página/12*. Yo había leído el manuscrito como parte del jurado de preselección y había insistido como una lobista junto con Mariana Enriquez que también lo había leído, ante un jurado que manifestaba alguna que otra reserva. Ganó *Las primas* y ahora se me concedía la obligación de hacer esta llamada. No sabía quién era ni qué apariencia tendría esa mujer. En Google apenas había una foto en bajísima resolución y una referencia en el Boletín Oficial de la provincia, donde se consignaba que la señora Aurora Venturini, nacida en el año 1921, había sido nombrada ciudadana ilustre de la ciudad de La Plata. Me dijo que *Las primas* tenía que ganar porque esa novela era ella misma. Que sus hermanas y primas, y que la familia entera, eran seres deformes. Que las niñas abusadas por jueces de menores, padres y tíos que aparecen en sus libros eran chicas que había conocido cuando trabajaba como psicóloga en la Fundación de Eva Perón, su jefa, su amiga. Luego me pidió que no dijera lo de sus hermanas porque se podrían enojar. Que nunca había tenido hijos, y agregó algo sobre la deformación del cuerpo en la maternidad. Me preguntó si yo era flaca y me dijo que vendría hasta Buenos Aires con su chofer. Le dieron el premio y en el discurso de recepción lo agradeció diciendo: «Por fin un jurado honesto». Llegó y se fue en un

taxi. Me dijo que yo no era flaca como le había prometido. Al día siguiente, me llamó para decirme que quería regalarme el dinero del premio, le expliqué que no correspondía y que además podría interpretarse como que todo había sido un arreglo entre nosotras. Me regaló sus libros aún no publicados y los que había editado ella misma costeándose sus ediciones. Los leí. A la semana siguiente me propuso que me convirtiera en su agente literaria. Le expliqué que yo no servía para ese trabajo y le prometí buscarle alguien que supiera hacerlo. Cuando su obra se empezó a publicar en España quiso pagarme el pasaje para que fuera a la presentación de sus libros en su representación. Aunque le encantaban los viajes, los médicos le habían prohibido tomar aviones. Le expliqué que no existía esa figura, que a nadie le interesaría escuchar a alguien que hablara por interpósita autoría. Nos vimos algunas veces más, casi siempre ante la aparición de un nuevo manuscrito. Un año después me llamó y me dijo que quería venir a visitarme. *¿Podría ir a tomar el té?* Se apareció en mi casa con un testamento firmado ante escribano donde decía que me dejaba su obra literaria, la que ya había escrito y la que pensaba escribir. Era consciente de que me legaba un tesoro y una obligación. Iba a decirle que no. Pero *¿qué se dice ante un testamento cuando la muerta que lo escribe está viva y te mira fijo? ¿No faltaba más? ¿No se hubiera molestado?* Habló ella: Porque ese llamado que me hiciste aquella tarde me dio la felicidad que había estado buscando toda mi vida. Porque leíste el manuscrito y no lo tiraste ni lo traspapelaste. No podés decir que no, porque yo te estoy agradeciendo. Unos años después, cuando se cayó en su casa y la estaban llevando al hospital con la cadera y otros huesos hechos trizas, me llamó. Liliana, me rompí me dijo, como pidiéndome disculpas. Se recuperó y escribió *Los rieles*. Siguió escribiendo. Unos años después, finalmente, se murió. Tardé mucho en asumir mi condición de heredera, hacer los trámites y terminar hablando por interpósita autoría. La edi-

ción de esta novela inédita y la reedición de sus libros en esta colección son un modo de tomar su agradecimiento como lo que es: un agradecimiento. Pero... ¿a quién?

«Una no tiende a su propio bien» podría ser un epígrafe o el subtítulo de esta novela. Pero *Las amigas* no admite una palabra más.

LILIANA VIOLA

# PARTE I

## Yuna Riglos

Con los años he vuelto a la edad primera de los primeros dibujos a carbonilla porque se me han caído no sé dónde ni por qué desgracia que bien pudiera ser gracia. Repito. Se me han caído casi todos los puntos y las comas y los dos puntos y los suspensivos y la mar en coche se ha caído y a veces me parece que me ahogará con tantos signos abullosados en el interior de mi cabeza de la cual suelo expulsar algunos suspensivos y... me tienen paciencia queridos lectores que ya han descubierto mi identidad y aunque ya no me hace falta el diccionario pues el vocabulario va bien expuesto impreso en mi memoria igual me presento: apunté dos puntos y soy Yuna Riglos y les ruego que si recuerdan mi natural apellido bah...

Sigo adelante de la fatiga con los suspensivos y salgo un momento al patio de mi departamento del centro de La Plata a respirar un poco de oxígeno.

Se acordarán y aguanten si no son violentos o demasiado diré neuróticos o algo así porque sentirán un ramalazo de emoción y seguro ya se han enterado de qué bien me fue con los cuadros que hasta en China y Europa se vendieron aunque con algo de pena ignoro si se vendieron por sus valores intrínsecos o por la firma Riglos. Ahí siento ganas de hacer la prueba y firmar aunque sea uno con mi apellido vulgar de entrecasa a ver qué pasa. Por ahí lo vendo lo vendo y puedo quitarme el antifaz que hace demasiado llevo y ya está incrustado en mi ánima.

Pero no me gusta jugar con la suerte porque soy muy supersticiosa. ¿Y si con el apellido de entrecasa se me derrumba todo lo conseguido resultando ser un mero sueño y entonces lo único que queda es un resto de la mujer desgraciada y pobre que nunca subió ni medio escalón en la

escala social y que para colmo de males se llama López? Ay por favor no lean este renglón de maleficio bórrenlo o pásenlo por alto.

Lo que no he podido borrar ni pasar por alto son los días que así como los signos ortográficos se me han abullonado bajo la piel gastada que ya me hice operar varias veces por la doctora Olmos que dios la bendiga y que gracias a ella no represento al salir del consultorio sino unos cuarenta largos tal vez. Pero a ustedes no los voy a engañar porque saben por la firma y fecha de mis cuadros que ya casi desabrigo mi esqueleto porque he trabajado más del doble de lo que acabo de apuntar. Más vale que se callen cuando me vean por ahí y disimulen sorpresa luego de comparar sus caras o las caras de otras personas con la mía reciclada. Por favor no exclamen ¡no puede ser! porque sí puede.

Voy a tomar aire al otro patio. Ya ven que en el fondo de mí misma no he evolucionado y estoy jovencita como cuando abocetaba con carbonilla esos cartones valorados por su valor intrínseco pues entonces no firmaba y era estudiante en Bellas Artes y no nombraré a personaje alguno de aquellos tiempos. Uno porque se me revuelve el estómago y otro porque la mayoría pasaron a planos distintos como opina la gente bien.

Si no fuera por mi amistad con Antonella nunca habría solicitado por segunda vez la atención de mis eventuales admiradores y aquí insisto de toda insistencia en que Antonella fue mi compañera de departamento.

Antonella nació en los suburbios de La Plata o barrio vecino a La Plata propiamente dicha y que es Tolosa. No asombrarse del lugar aunque sobran motivos para el asombro. Y añadiré que Antonella nació en las Mil Casas tugurio próximo a Tolosa propiamente dicha así como esta localidad es próxima a La Plata propiamente dicha y ya no doy más de tanto que tengo para contar a los que no son de acá y reviento de ese mal del abullonamiento en mi cabeza

especialmente cuando me entusiasmo en mi chismorreo pero Antonella merece esto y mucho más.

Sigamos pues que ya el otoño de las estaciones me va sumergiendo en aguas difíciles de navegar y en navegaciones siniestras.

Había demasiado espacio en mi departamento cuando decidí poner el aviso en el diario de mujer joven para ayudar en tareas del hogar y me tentó la risa por lo de hogar. Qué sabía yo de hogar si nunca tuve y para qué si conocí algunos mundillos de cuatro o cinco personas que pudieron ser padres con hijos o primos o qué se yo pero que se mandaban cada mirada que daba miedo y qué miradas y no alcanzaba mi capacidad para dilucidar qué era lo que se mandaban unos a otros o unas a otras durante las reuniones que llaman reuniones de familia y por lo tanto creo que se llaman así dada la consanguinidad de los ocupantes de la casa y la mesa con alimentos que compartían en esas masticaciones absurdas de empalagos y de desgarros carnívoros de huesos y esos palillos asquerosos de escarbarse los dientes. Esto último siempre me produjo náuseas.

Recuerdo a un conocido que comía y al cabo hurgaba en los entre caninos con un palillo. Pensar que yo pensé que el conocido me apreciaba y por eso de vez en vez le cedía como distraída en reuniones la presa más gorda. Pongo punto por tanto asco porque enseguida después del desgarrar venía el escarbarse y dale que te da y el conocido me miraba en mitad de mi asco. Yo. Entonces lo tuve por inocente y de pocas buenas maneras. Pobre hombre me dije y mientras tanto él siempre parecía dedicarme el revoltijo del comedor de la boca y el expeler de olores que para qué... Tres puntos de asco.

Sentada muy cerca de él lo seguía de la boca al esputo porque escupía el resto apresado entre dientes y si yo lo perdonaba en silencio es porque no todos saben comportarse con urbanidad si han carecido de ejemplos y costumbres urbanas. Repito que no creí que tuviera intenciones de

provocarme las náuseas sino que procedía así de puro inocente. Hasta que una noche de reunión de aquel grupo que sería hogareño o qué se yo qué era con la luz de la lámpara que permitía descubrir no solo movimiento sino también intencionalidad noté que el invitado conocido trató de escarbarse los entredientes con el tenedor y entonces ahí grité un horroroso grito que escarbó algo más y el conocido quedó ahí impávido como si él no fuera el causante de mi desafuero. Y fue entonces que la luz eléctrica de clara luna descubrió un malintencionado que insistía en arruinar mi comida y romper mi apetito y por lo bajo susurré sos un asqueroso.

Hay gente así y es de lo peor porque nos embarra el ánimo con sus asquerosidades y después resulta que somos nosotros los reaccionarios y quedamos mal frente al grupo. Y ya me fatigué no por lo escrito en grafía sino por alguna coma que no puse o punto que sí y que significan en mi interior el tapón que impide salir de mi mundo embotellado cuanto quiero contar porque reviviendo casos como el del conocido de noche no duermo porque desearía haber hecho lo que no hice entonces que es agarrar el mantel y tirando de él terminar con el falso espectáculo de la reunión puerca. Porque en ese calor de hogar además del conocido otro u otra eructó como un cerdo. Pero los cerdos nunca me dan asco.

Este conocido cuyo nombre lapidé junto con muchos otros nombres trató de visitarme hace poco en mi departamento como si fuera él mismo la herencia de un tiempo y espacio por mí derrotados y ya sepultados. Pero insistía. Y su olor lo denunciaba desde lejos y yo no me animaba a decírselo porque por ahí comentaban que era un valioso ejemplar de sabiduría o algo así y yo qué sé y aguanté...

Qué inmensa fatiga... Debo ir afuera aunque llueve y además un albañil está cambiando unos caños que perdían y no deseo hablar con el albañil que va a darme detalles sobre el problema de los caños y peores imbecilidades que